



Faltan documentos (páxinas,  
cadernos...)  
ISO 9878/1990

# ABRENTÉ

Santiago, Abril de 1934

Boletín de la Anunciada

Redacción y Admón.: Quintana, 1

Segunda época

PUBLICACIÓN MENSUAL

Número 7

## La devoción a la Virgen en las Congregaciones

*El aire viene cargado de esencias, brilla el sol y lucen las flores primeras. Viene la Primavera, viene Mayo, el mes de la Virgen.*

*El mes de la Virgen. ¿Quién podrá decir lo que es el amor a la Virgen en el corazón juvenil y ardiente del congregante? ¿Quién podrá expresar lo que es, lo que debe ser la devoción a la Virgen en una Congregación?*

*Camino del puerto va la nave que rompe las ondas. Pero no es al puerto a donde enderezan los navegantes la luz anhelante de sus ojos: es a aquella lucecita que parpadea sobre el promontorio, al faro luminoso —airoso y erguido sobre la boca del puerto mismo. Las Congregaciones, como todas las obras de la Iglesia, son Cristo-céntricas y no reconocen otro centro que aquel que prometió traer hacia sí todas las cosas; pero en la boca del puerto está el faro porque ellas se guían, y el faro es María.*

*Ella marca a las Congregaciones su ruta, esparciendo por todo el mundo la luz de sus palabras y de sus ejemplos. Ella enseña a los congregantes los dos senderos por donde deben caminar: el de su vida interior y el del apostolado. En estos caminos escribieron páginas gloriosas los congregantes que, mirándola, labraron a rudos golpes la piedra ingrata de sus corazones, lo mismo que los que derramaron por el mundo su actividad apostólica. El amor a la Virgen es, pues, sino el centro, por lo menos el nervio de las Congregaciones.*

*Y no podía ser de otro modo. La elaboración en la roca nativa de la propia naturaleza de la imagen de Cristo, lo mismo que la obra apostólica a que todo congregante es llamado, son empresas que ni concebirse pueden si no sopla el espíritu de lo alto. Y en lo alto reina María, a quien ya ansiamos aclamar Medianera de todas las gracias. Por ella nos vendrá la fuerza.*

*Pero, aun sin mirar tan arriba, hay en la devoción a la Virgen recursos capaces de arrastrar cualquier corazón juvenil.*

*María es una mujer llena de gracia, y mirando a su altar —manto azul, túnica blanca, rostro de rosa— el joven congregante se siente capaz de superarse a sí mismo, con la vibración honda, casta y llena de gallardía de su corazón gentil y caballeroso.*

*María es Reina en un reino de suavidad y de luz, de armonía y de paz, y ¿quién no peleará en servicio de esta Reina, quien no correrá a derramar su sangre para que esta Reina no lllore las injurias de sus enemigos?*

*María es Madre, y por una madre si se tiene cien vidas se dan las cien, una tras otra, sin que de los labios desaparezca la sonrisa, ni se crispe en las manos el gesto suave con que retenemos la mano idolatrada. Ayer todavía la sentíamos velar sobre nuestra cuna. ¿No será ya tarde hoy para dar nuestra vida por ella?*

*Viene Mayo trayendo flores, luces y alegría; pero para el congregante, Mayo trae un recuerdo dulce de su Madre del cielo, un nuevo encenderse en su amor, un acercarse más y más a su altar para que entre esas luces y esa alegría ofrecerle el clavel rojo de un corazón arrepenido y la rosa encendida de un afecto sincero y vehemente traducido en obras apostólicas.*

# LAS TORRES DE ALTAMIRA

POR R. VAZQUEZ CASAL

No está en mi ánimo, lector amigo, el poner en tus manos unas cuartillas con la historia detallada de este antiguo castillo, hoy en ruinas, ni tampoco la tradición, que alrededor de dichas ruinas versa, sino más bien, mezclando un poco la leyenda con la historia y algo de geografía, indicar en donde se sitúan y lo que de ellas existe en los tiempos presentes.

Que los señores de este castillo — más tarde Condes, desde el año 1475 — eran reacios en las peleas y no menos ejemplares en el castigo, nos lo demuestran no sólo la historia, sino también su escudo de armas, por ellos elegido, el que aparece ocupado todo él por la cabeza de un lobo. Emulos de las casas también gallegas y no menos señoriales de Monterrey y de Ulloa no dejaron sin embargo de emparentar con ellas, algunas veces para evitar la guerra, o marchar a ella unidos; otras, las más, para imponer su voluntad entre los señores de otras casas menos potentes y también distinguidas de este bello rincón de España, Galicia.

Una prueba de estos enlaces es que el primer conde de Altamira, fué D. Lope Sánchez de Moscoso, descendiente de las casas de Altamira, Ulloa y Monterrey; título que recibió de manos de D. Fernando el Católico, en el año de 1475 como más arriba dejamos indicado. Más adelante y a un sucesor de este Conde, D. Lope Osorio de Moscoso, recibió de manos del rey D. Felipe III en el año de 1613 el título de Grande de España. Títulos son éstos que, en unión de los de Duque de Sesa, Maqueda y Montemar, se conservan aún en la nobleza de España, siendo el actual Conde de Altamira don Francisco Osorio de Moscoso y Borbón, tío del hasta hace pocos años rey de España D. Alfonso de Borbón.

Está situado este castillo a quince kilómetros de Santiago —carretera de Santiago a Negreira— y un kilómetro hacia el Sur de dicha carretera en la cima de una loma que separa los ayuntamientos de Ames y Brión, y desde donde se domina el fértil y hermoso

valle de la Mahía, regada por el Condumiñas, la cuenca del Tambre frondosa y no menos fértil y la dilatada comarca de Barcala.

Así, pues, los habitantes de este castillo tenían a su vista la ciudad de Compostela, con el camino —a trozos regularmente conservados— que unía dicha ciudad con Camariñas, y por donde la tradición nos cuenta que los discípulos del Apóstol fueron a pedir permiso para sepultar el cadáver de su Maestro. Veían también el Pico Sagro, no menos célebre en la historia de Galicia, Padrón, las torres de Catoira, centinela avanzado de la Mahía y Compostela, y por su lado Suroeste, tan montañoso que la mirada no alcanza más de un kilómetro, tenía el castillo sus avanzadas, llamadas aun hoy *castros*, consistentes en una fosa de forma redonda que servía de garita al que estuviese de centinela en tiempos de paz y de defensa en tiempo de peligro.

A esta residencia señorial, en sus buenos tiempos, hoy nido de las más diversas aves, pertenecían diez feligresías que se hallan ahora repartidas entre los ayuntamientos de Brión, Ames y Negreira. En Ames consérvanse los restos de dos casas pertenecientes a la familia de los dueños del castillo que residían fuera de él.

Orientadas de Noroeste a Suroeste se hallan las torres de Altamira, de las que sólo se conserva parte de la fachada interior que es la que aparece en el grabado. Tiene esta fachada unos veintiún metros de longitud, y en ella vemos al centro una puerta de estilo ojival, medio sepultada entre las ruinas y la tierra. En un plano más elevado se encuentran tres ventanas, la del centro encima de la puerta y del mismo estilo, una a la izquierda —transición entre el medio punto y la ojival— y otra a la derecha, de la que sólo se conservan los dos tercios inferiores. Sobre éstas existen, en un plano más elevado, el comienzo de otras tres ventanas, que debían pertenecer al estilo de la que se conserva en el centro, encima de la puerta.

Decimos que es interior esta fachada porque en una de las aristas de la misma —la del Norte— se ve el arranque de otro arco que unía esta parte del edificio con la pared más externa, de la que nada se conserva actualmente.

Encontramos después hacia el interior otra pared totalmente destrozada por el lado Sur y unida a la fachada por el Norte. Más adelante hay una cisterna completamente llena de piedras que tiene la forma de un tonel, estrechada en sus extremos y más ancha en su parte media. Antes de llenarla de piedras, se podía bajar a ella con facilidad y no se veían rastros de agua, creyéndose por lo tanto que daría paso en su profundidad a las mazmorras y calabozos del castillo.

En su parte más Suroeste, y apoyada sobre piedra firme, se encuentra la que fué torre del homenaje y de la que se conserva una parte interior con bóveda de medio punto y a la que dan luz tres pequeñas ventanas románicas, una por cada lienzo de dicha torre. Sobre esta bóveda se encuentra un piso de piedra completamente plano y fácilmente accesible, que sirve de atalaya al turista, desde donde se dominan las extensas comarcas indicadas más arriba.

Mide esta torre cinco metros y medio por cada lado, y unos veinticinco de altura la parte conservada hasta hoy. La separan del frente de dichas ruinas unos treinta metros. A una distancia intermedia, entre la fachada y la torre, se ve todavía la rampa de acceso al castillo.

Son ahora posesión estas ruinas de la capilla de Santa Minia —Brión— y para la construcción de esta capilla se emplearon los materiales del antiguo e histórico edificio y así fué como la mano del hombre demolió en pocos meses lo que los elementos respetaban, cayendo para no erigirse más, una de las construcciones que Galicia tenía para su defensa y de las que podía estar orgullosa. Como siempre, la huella viene de la tradición y la historia, sucumbió al empuje presuntuoso de la incultura.

---

**Asiduidad y puntualidad: asiste a los actos reglamentarios y llega a la hora. Cumple como hombre de honor tus compromisos con la Virgen Santísima**

---

## JOYERIA MALDE

LA CORUÑA

Fundada en 1898

*Comunica la apertura de su nueva casa en*

SANTIAGO DE COMPOSTELA

*provisionalmente en la Rúa del Villar, 58 (antigua Casa Bacariza), con IMPORTANTES TALLERES DE JOYERIA Y PLATERIA.*

## A la Escolástica resflorecente, Emperatriz de las Ciencias

Una dueña quintañona  
con sus pujos de matrona,  
tocas blancas y monjil,  
sin moverse de su escaño  
ve pasar año tras año,  
y ya ha visto casi mil.

Mas fué joven, tuvo hechizos,  
se prendieron en sus rizos  
el Ingenio y el Amor;  
miró hilando, nueva Onfalia,  
y osculando su sandalia,  
al Maestro y al Doctor.

Dama fué de regio porte,  
y fué Reina, y en su corte  
fué lucero, y luna, y sol;  
con la magia de su verbo  
encantó al señor en siervo,  
hizo al cóndor caracol.

Al alcázar de la Ciencia  
nadie entró sin su licencia,  
y su Ariadna quiso ser:  
y en el cielo laberinto  
deshilaba de su cinto  
las manejas del saber.

Su varita de virtudes  
hechizó a las juventudes  
en Bolonia y en París,  
y dió de beber su labio  
a los hijos del Rey Sabio  
y a los hijos de San Luís.

Se ceñía muy galana  
alba toga tusculana  
que heredó de Cicerón;  
— tal vez fué de la Sibila —  
y, aunque rota por Atila,  
era un clásico girón.

Como intrépida amazona  
batalló por su corona,  
galopó de Norte a Sur

derrocando la herejía  
con su diestra, que blandía  
la vindélica segur.

En su gótico castillo,  
de la Fe con el anillo,  
bajo un arco conopial,  
dibujaba miniaturas  
y oteaba las llanuras  
a través del ventanal.

La poterna nunca fiero  
cruzó andante caballero  
ni juglar con su laúd;  
cruzó el joven estudiante,  
cruzó el fraile mendicante  
de saber y de virtud.

Del hogar a la campana,  
en sillón de roble y grana,  
en las faldas un lebrel,  
y cien pajes con dalmáticas  
cual testigo de sus pláticas  
que destilan griega miel.

Miel de colmenar Tempeo  
recogida en el Liceo  
de los labios de Platón;  
virgen miel del Peripato  
que exhaló su aroma grato  
tras la bárbara irrupción.

La gustara un Nazareno  
de sapiencia y amor lleno,  
en su boca virginal;  
y una abeja diamantina  
transformola en miel divina  
de esa boca en el panal.

Amazona, castellana,  
Reina, Sol de la mañana  
que deslumbras con tu tez,  
¿te hundirás en el ocaso?  
¿pondrá arrugas en el raso  
de tu rostro la vejez?

¡Pobre dueña quintañonal  
¿dónde guardas la corona  
que en tus sienas floreció?  
al correr de sus caballos,  
¿dónde han ido los vasallos  
que tu rostro avasalló?

¿Dónde tu veste labrada  
con iris de seda hilada  
por los gusanos de luz?  
¿qué nefando sortilegio  
la gloria del manto regio  
trocó en lutos de capuz?

En tu oído no resuena  
la *albada* ni la *serena*,  
flor del segrel provenzal;  
ni *cántigas de louvres*  
del Rey de los trovadores  
Don Denis de Portugal.

En tu estrado no hay un paje:  
la torre del homenaje  
no da al aire tu pendón;  
y en las noches del invierno  
no pide hospedaje el cuerno  
ni los golpes del bordón.

¡Pobre dueña quintañonal  
ciego el mundo te arrinconas  
en tu escaño junto al llar,  
por servir a otras princesas,  
falaz bando de diablasas  
que embrujan con su mirar...

.....

¡Pobre dueña! en tí se ensaña  
un mago de infernal maña  
que oscurece tu esplendor;  
mas un paladín de aliento  
romperá el encantamiento  
de ese mago encantador.

Vedle, se acerca al castillo,  
osado cruza el rastrillo,  
y con gallardo ademán

con el cuento de su lanza  
bate las puertas y avanza  
caballero en su alazán.

Gentil de bruto se apea:  
sentada a la chimenea  
ve a la dueña en su escabel  
al entrar el peregrino  
su rostro de pergamino  
se hace rostro de clavel.

No es la dueña, no es la anciana,  
es el Sol de la mañana,  
es la augusta Emperatriz  
que en la silla gestatoria  
los chapines de su gloria  
posa en pérsico tapiz.

Colibrí de regias galas  
presto a despleglar sus alas  
de la Palomica en pos;  
la luz de sus ojos bellos  
es un volcán de destellos  
de la hermosura de Dios.

Es que hubo un Angel de Aquino  
que se encontró en su camino  
con la Reina Colibrí,  
y, arrastrándola en su vuelo,  
la llevó consigo al cielo,  
sumergiéndola en Dios allí.

Las diablasas insensatas  
la sirven como azafatas  
la corona y el brial;  
con joyas de ciencia vana  
la Emperatriz engalana  
de su hacanea el petral.

Amazona, Castellana,  
Reina, Sol de la mañana  
que deslumbras con tu tez;  
nunca verás el ocaso  
ni arrugas pondrá en el raso  
de tu rostro la vejez.

A. DE O.



## PIERDE TIEMPISMO

Viendo el bullicio y la animación reinantes en nuestro Centro no puedo menos de lanzarme a hacer múltiples reflexiones.

Claro que eso no es nada raro, pues la observación de las diversas actividades humanas siempre da pie para filosofar y yo soy muy dado a la filosofía. Mi desgracia está en que toda mi filosofía es de la barata, que por cierto no sé por qué la nombran de ese modo. De no ser así, no perdería la esperanza de que mi nombre figurara en la Historia al lado mismo de Nietzsche, Kant y otros muchos, pero carezco de esa esperanza desde luego, porque según por ahí se murmura, la filosofía de esos señores era de la otra y por lo tanto supongo les habrá costado sus buenas calderillas.

Bueno, me parece que estoy en plena digresión, y la verdad eso de digresionar (¿Se dice así?), me gusta bastante. ¿A quién no le gusta después de todo en una forma u otra? Por mi parte creo que además de agradables, son las digresiones muy útiles en ciertas ocasiones, y sino que lo digan algunos que se van a examinar y hablando de cualquier cosa menos de la asignatura, tiran para adelante y consiguen salir en los periódicos con una porción de adjetivos encomiásticos precediendo al nombre. Por otra parte...

Bueno; por otra parte ya me parece estar viendo la cara que al leer estas líneas pone más de un lector (si es que más de uno tengo, que burrunto que no), pidiendo fervorosamente al Cielo el poderme echar la vista encima a fin de vengarse de tanta digresión filosofada y vamos, que no entra en mis proyectos el darle la lata a nadie.

Pero vamos a ver. ¿Qué más da perder el tiempo leyendo estos más o menos hilvanados renglones, o perderlo por obra y gracia de unas cuantas miserables y discutidas carambolas?

Y con esto hemos llegado a donde yo quería al dar el vistazo al Centro; a hacer unas cuantas reflexiones acerca de los diferentes métodos y maneras de perder el tiempo. ¡Y cuidado si se pierde por aquí! Algu-

nos se tumban en el diván y con aspecto beatífico escuchan la radio mientras hacen la digestión, y a ver quién me niega que pierden tiempo. Otros se dedican con afán a la lectura de la prensa, cosa que no es mucho más útil que oír la radio, porque por término medio lo que en los diarios leemos no nos importa un pito. Véase por ejemplo a esos dignos ciudadanos que con verdadera fiebre se leen de arriba abajo las páginas deportivas, cuando les hubiera reportado los mismos beneficios morderse las uñas del pie izquierdo, pongo por caso y conste que no quiero con esto aludir a nadie.

También hay quien se dedica con celo al chamelo y al Ping-Pong. Esto desde luego, y con la venia de los interesados, también me permito incluirlo entre las pérdidas de tiempo. Claro que no quiero decir que sólo se mata el tiempo en nuestro local. Por ejemplo esas parejas integradas por personas de sexo opuesto que deambulan por las rúas poniendo ojos de merluza cocida, ¿qué hacen?

Esos señores graves y formales que pasean por el mismo sitio discutiendo con toda seriedad si es más conveniente un gobierno Gil Robles o uno de Lerroux sin interesarles en lo más mínimo ni uno ni otro, ¿qué hacen?

Y sin ir más lejos, un servidor al escribir afanoso estas cuartillas, ¿qué hace?

*Perder el tiempo, perder el tiempo y perder el tiempo.* Ya estoy oyendo decir al lector con cara avinagrada que me las estoy echando de moralista, pero no señor. El *pierde tiempismo* lo extiendo yo a todos los órdenes de la vida y las fases ya indicadas, son las por mí consideradas como más inofensivas.

Pierde el tiempo el que estudia con afán, puesto que hoy por hoy los que triunfan no son tanto los que estudian como los mejor apadrinados por brutos que sean.

Pierde el tiempo el médico, pues si hoy cura de su mal a un señor cualquiera no

## Como en todos los cuentos

Lema: «Amor semper vincit».

Todo parecía indicar que la abuelita estaba contando un cuento. Uno de esos cuentos frágiles, llenos de encanto, que tanto entusiasman a los nietos, y que tan bien saben contar las blancas y dulces abuelitas, haciendo intervenir en ellos a princesas y príncipes. Hasta el aire tranquilo y sosegado —de paz— que reinaba en aquel hogar obrero, parecía dispuesto a oír las hazañas del Príncipe, bello y gentil, que desencanta a la Princesita de bellos ojos y cabellos dorados, como rayos de sol.

La abuelita es la de todos los cuentos: menuda, arrugadita, con el pelo de nieve cubriendo la cabeza donde tantos sueños y tantas ilusiones se albergaron en la lejana juventud. Con la eterna calceta en las manos, con la voz dulce y suave de todas las abuelitas que cuentan a sus nietos las hazañas de los Príncipes, de las Hadas, de los Gnomos... Únicamente la mirada de sus ojos, cansados y tristes, que parecía pronta a empañarse con lágrimas, la hacía distinguirse de las abuelitas que animan en los cuentos. Aun así, cualquiera que hubiese entrado aquel atardecer en el tranquilo hogar obrero, al ver a la abuelita y a sus dos pequeñuelos alrededor del fuego que alegremente ardía en la chimenea, creería que la abuela hablaba de Príncipes y de encantos. Hasta el ambiente exterior pedía un cuento, porque la noche era fría y oscura, soplaba el viento con furia y la lluvia caía a torrentes, azotando monótonamente los cristales.

por eso ha de dejar dicho señor de *estirar la pata* más tarde o más temprano.

Y no acabaría nunca si fuese a enumerar todos los que pierden tiempo en este mundo regocijante ya que no regocijado.

Por lo tanto, escucha lector un consejo. La mayoría de las cosas que haces son perder el tiempo; procura siempre perderlo lo más útil y cómodamente que puedas.

ADOLFO FOJO COLMEIRO.

La abuelita dejó la calceta; miró un momento con sus ojos cansados y tristes a sus nietos que la oían galvanizados por la admiración, y luego siguió hablando, con la mirada abstraída, perdida en recuerdos quizá dolorosos porque su voz se tornó opaca y sus ojos tenían el brillo suave de dolores y lágrimas. «Pero el héroe de mi cuento —decía ahora la abuelita— era de la madera de los verdaderos héroes: decidido, valiente y noble y por eso no dudó un momento en exponer su vida para salvar la de sus compañeros. ¡Sus compañeros!... ¡Los que habían destruido su hogar y su fortuna, su vida y su honor!... Como todos los héroes de todos los cuentos pidió ser él —¡él, el calumniado, el perseguido!— quien expusiera su vida para salvar la de sus enemigos».

La abuelita —blanca, dulce, humilde— se paró un momento, buscando las palabras necesarias para exaltar al héroe de su leyenda y cerró los ojos como si quisiera que los dos niños —¡sus nietos, los hijos del héroe!— no viesen en ellos su tristeza. Con voz temblorosa por el dolor, con las manos cruzadas sobre el pecho, la abuelita seguía hablando:

«Y el héroe de mi cuento cumplió con su deber como todos los héroes de todos los cuentos.

Salvó a sus compañeros...

Los salvó pero a costa de su vida; de su vida tan querida y necesaria para sus hijitos y para su madre. ¡Para su madre que había depositado en él todo el calor del cariño de una madre!... Todas sus ambiciones y sus esperanzas... ¡Su vida toda!...»

Ahora el rostro de la abuelita refleja el dolor de su alma. La dulzura constante de su rostro, había huído, como si sus mismas palabras la asustasen. Más que nunca sus ojos eran tristes y su voz parecía un sollozo. Era como si al recordar la muerte del héroe se hiciese en su alma un vacío inmenso, como tan solo lo deja la muerte de un ser muy querido. Los pequeñuelos la miraban extrañados pensando que la abuelita nunca había tomado con tanto interés la muerte del héroe de uno de sus cuentos. Cuando la abuelita les contó la muerte del Príncipe que no vió su amor correspondido, por la

bella Princesita, sus ojos tenían una mirada risueña, dulce y suave como una caricia, como pensando en el sabroso placer de los nietezuelos que oían sus cuentos. ¿Y hoy?... ¿Por qué la abuelita se ponía pálida al recordar la muerte del héroe? ¿Por qué su voz era como un sollozo?...

El silencio que siguió a las palabras de la abuela —blanca, dulce, humilde— fué interrumpido por el ruido de la leña que alegremente chisporroteaba en el hogar. Como en todos los cuentos de las abuelitas el viento soplaba con furia y la lluvia seguía bañando monótonamente en los cristales.

La abuelita, abstraída en sus recuerdos, parecía dar el cuento por terminado. Los nietos esperaban. Algo en sus almitas blancas, puras, no azotadas aún por las tempestades de la vida, les decía que algo raro pasaba en su alma. ¿Por qué callaba? ¿Por qué la buena y risueña abuelita dejaba que las lágrimas corriesen silenciosamente por sus mejillas? Acaso...

Como una lucecita vacilante, la verdad entró en sus inteligencias infantiles. Un recuerdo, rasgando la niebla del tiempo les hizo ver el día —no muy lejano— en que sus cuerpos fueron cubiertos por las negras ropas que denotan el dolor por la pérdida de algo querido y sagrado. Sí. El héroe era su padre. La abuelita no estaba contando un cuento, si no la historia de su padre que murió como mueren los héroes en todos los cuentos: cumpliendo siempre con el deber.

La abuelita seguía abstraída. Pensaba. Tenía la mirada perdida en los recuerdos; en los días y en los años de miseria y hambre; en las desilusiones y desesperanzas que siguieron a la muerte de aquel hijo que era su único cariño; buceando dolorosamente en el pasado, veía las horas de esfuerzo y de lucha; veía la vida sin alegría de sus dos nietezuelos —de caras de ángel y cabellos de oro— que hoy eran la única razón de su vivir y que ella sacó adelante con sólo su esfuerzo, a través de miserias, de dolores, de lágrimas...

.....  
 Todo parecía indicar que la abuelita —blanca y dulce— acababa de contar un cuento. Uno de esos cuentos de Princesas y

## Se necesita una Musa

Era un día de abril, de esos días abribeños en que la lluvia, salpicando con sus pequeñas gotas los cristales de la ventana, nos convidaba a sentarnos junto al hogar, para enfrascarnos de este modo, en la lectura de nuestro libro favorito.

Afuera no cesaba de caer, durante todo el día, esa lluvia menuda y fina que caracteriza al comienzo de la primavera.

En el bosque vecino, la brisa del mar provocaba en las ramas de los pinos, toda una gama de armoniosas melodías, que unidas al susurro de las olas, recordaban las «nanas» de una madre durmiendo a su «bebé».

Acababa de llegar el correo, y con él, los periódicos de Madrid; sentado junto a la chimenea, me entretengo en leer los artículos de «A B C».

Leo a nuestro paisano Wenceslao Fernández Flórez, leo a Eugenio Montes y a González-Ruano, y en aquella tarde toda llena de murmullos en el aire, en la tierra y en las aguas, en aquella tarde arrulladora me puse a meditar como algunos escritores pueden sacar de los rasgos de su pluma, una crónica tan sutil, tan bonita, tan alada.

Entonces me acordé de los tiempos felices en que leíamos con deleite y con fruición, unos libros que hablaban de unos fantásticos seres, conocidos con el simpático nombre de hadas.

Volando y volando mi imaginación, en aquella tarde en que revoloteaban a mi lado una pléyade de inmensas ilusiones y esperanzas, me puse a comparar las hadas de los cuentos con las musas de la época romántica, y forjé en mi mente —por algo Santa Teresa, llama a la imaginación la loca de la casa— la forma y el conjunto de esas musas, cuya única obligación era el decir al oído de su dueño, lo que éste transcribía en el papel.

De este modo quedaron en la Historia,

Príncipes, de Hadas y de Gnomos que tanto entusiasman a los nietos y que tan bien cuentan las abuelitas. La abuelita de todos los cuentos, blanca, dulce, menuda y fragil... La eterna calceta. Los nietezuelos de caras de ángel y cabellos de oro, que escuchan entusiasmados. El aire tranquilo de paz... La leña ardiendo alegremente en el hogar. Y en la noche fría, el viento y la lluvia azotando monótonamente en los cristales...

(De nuestro Concurso de Cuentos).

ese conjunto de libros y de versos que han dado fama a tantos poetas y escritores.

¿Cómo es posible que Rubén Darío haya escrito aquello de

un gran manto de tisú,  
y una gentil princesita,  
tan bonita,  
Margarita,  
tan bonita como tú,

sin tener a su lado una Musa buena que le inspirase tan delicada armonía?

Cuando estaba con estos pensamientos me entró una rabieta —reminiscencias de las que cogía de niño— y al igual que la princesita del cuento, que quiso coger una estrella para ponérsela en su prendedor, yo quise tener una Musa que me dictase cosas bonitas, del mismo modo que se las dicta a Fernández Flórez y a González-Ruano.

Una Musa como yo me imagino a las musas, una Musa buena, con su puntiagudo capirote blanco y su túnica leve de muselina, con sus anchas mangas y su larga cola, con sus manos blancas y su cara redonda semejante a una luna llena en una noche tranquila y sosegada.

Mi primera intención, fué poner un anuncio en uno de los grandes rotativos que se editan en la ciudad; pero cabalgando en alas del pensamiento, me pareció que el anuncio no es el medio mejor de conseguir a una Musa, pues una prosaica realidad, nunca puede atraer al sueño dorado de los poetas de la romántica época.

De esta forma, cavilando y cavilando en cómo iba a comunicar lo que yo necesitaba, vino a mi mente la idea de escribir una crónica, y en ella, decir las cualidades de que mi Musa debía de estar adornada.

Cogí la pluma, y sobre una cuartilla, blanca como una paloma y como la nieve que en invierno tapiza rfulgente nuestros montes y valles, escribí un título que rezaba: «Se necesita una Musa», y después, continué emborronando cuartillas y cuartillas, en las que lo negro de la tinta que destilaba mi pluma, hacía resaltar más su blancura inmaculada.

De este modo escribí el artículo presente, en el que pido que una Musa, un hada marina, de mí se apiade y conteste a mí llamada.

Lector: si por uno de esos felices caprichos del destino, te es dado conocer a alguna Musa, sólo te pido le digas que yo la necesito, que yo quiero una Musa que me dicte al oído lo que después trasladaré al papel; dile también, que la Musa que quiero, ha de parecerse a las blancas mariposas que con sus vuelos alegran el estío y ha de ser como la crónica de algunos escritores: sutil..., bonita..., alada...

ISIDRO CONDE.

## José Limia Ramírez

Otro congregante se nos fué al Cielo, como Alejandro Gómez-Ulla y como Ricardo Rey, tres, en menos de un año.

Cuando enfermó gravemente en el mes de febrero, a una insinuación del P. Director para que recibiera el Sto. Viático, respondió lo que tantas veces había de responderle en el curso de la enfermedad: Lo que usted quiera. Después de haber comulgado. al recitarle el Padre las oraciones acostumbradas en la Congregación le dijo que, para no fatigarse no las repitiese en voz alta, pero él, a pesar de la fatiga, quiso responder, con íntima devoción, a las aspiraciones del «Alma de Cristo».

Pasó el peligro, parecía que el enfermo había entrado en franca convalecencia, y, en Pascua ya, se agravó, hasta tal punto que los médicos declararon la necesidad de hacerle una intervención quirúrgica, para salvar su vida; aquella misma tarde se le hizo, y a ella asistió el P. Director, que le estuvo confortando, sobre todo en unos momentos en que pareció que iba a morir. Durante ella, lo mismo que en los preliminares, que suelen ser tan temerosos, mostró una valentía y una virilidad admirables, y, sobre todo, una conformidad con la voluntad de Dios, verdaderamente ejemplar.

Pocas horas después de la operación, su organismo, gastado por casi dos meses de enfermedades, se rindió: pidió repetidas veces la medalla de la Virgen para besarla —durante toda la enfermedad tuvo la de la Congregación a la cabecera de la cama—, y dijo otras muchas, con fe y fervor: «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío». La religiosa que le asistía le preguntó si quería ir al Cielo, y él, por toda respuesta, exclamó dirigiéndose a la Virgen: «Virgen Santísima, si queréis llevarme al Cielo, aquí me tenéis». Esas fueron sus últimas palabras. Murió como buen cristiano y fervoroso congregante, con el nombre de María en los labios, y con la tranquilidad del que va a echarse en brazos de su Madre Celestial.

Fué aventajadísimo estudiante, que obtenía siempre matrículas de honor, y congregante asiduo y puntual. No faltaba ningún día a la Sabatina ni a la Catequesis —era delegado en S. Pedro— y tenía mucho empeño en avisar con anticipación cuando su quebrantada salud no le permitía asistir a los actos de la Congregación.

Se le enterró, como es costumbre, con la medalla de la Congregación, que tuvo puesta al morir, y el P. Director echó sobre el féretro la primera paletada de tierra. A la conducción asistió crecido número de estudiantes, con la bandera de la Congregación, enlutada, y el banderín de la Facultad de



resolución firme, y, por consejo de personas prudentes, se decide que no salga la procesión y se despide a la Banda. De todas partes surgen protestas, en las que se distinguen los congregantes y las mujeres; se forman las filas, se encienden las velas... la procesión se escapa. Por fortuna no se ha retirado la fuerza, ni la Capilla de música, y el Padre ordena que se salga.

Ya no llueve. Sale la Virgen, con su manto negro artísticamente colocado por D. José Limia, el artístazo de siempre, tan íntimamente ligado con la Anunciada; muchos balcones están iluminados; enorme gentío se agrupa en todas las calles; los balcones están abarrotados; y entre un silencio emocionante de la muchedumbre, pasan las filas, larguísimas, de hombres con hachas, y, detrás la virgen, seguida de la Directiva de la Congregación; las mujeres, y muchos, muchos hombres se arrodillan, los guardias saludan militarmente... y un estremecimiento de devoción y alegría sacude nuestros nervios. Todo, todo el pueblo de Santiago rinde homenaje a la Virgen, y la acompaña en su Soledad.

Las filas, exclusivamente de hombres, y principalmente de jóvenes, pues los señores, más prudentes, al ver como llovía devolvieron las velas que tenían dispuestas, ocupaban toda la Rúa del Villar. Si hubiera hecho buen tiempo, en vez de los que iban —seiscientos? setecientos? — hubiera ido el triple. Al llegar a Salomé la cabeza de la procesión estupendamente organizada por Julián Pardinas y otros congregantes, se devolvieron las filas, y entre ellas pasó la Virgen, seguida siempre de la Directiva. Dentro ya, dice uno: La salve. Y delante de la imagen que habíamos paseado por las calles, se cantó con devoción íntima, con entusiasmo loco, la Salve gregoriana, nuestra Salve, a gritos, que eran explosiones de amor y alaridos de triunfo. Y a la salida... abrazos, enhorabuena, júbilo irrefrenable.

Comentó la gente, con loa, la perfecta organización de las filas, sin claros ni amontonamientos, y la gravedad y devoción con que iban todos los congregantes. Fué, si, un éxito de la Congregación; éxito juntamente de Pardinas y Morón, iniciadores de la idea y de todos los congregantes que la hicieron suya, y trabajaron sin descanso, aun muchos que no suelen tomar parte muy activa en nuestros trabajos; éxito, sobre todo, de nuestra Madre Santísima, que iba bendiciendo al pueblo de Santiago.

Y, si no es vanidad, recogeremos aquí el comentario que alguien oyó a unos obreros, apenas terminada la procesión, cuando volvió a llover a mares: «Os congregantes son os homes máis homes de Santiago».

## La Academia de Oratoria

Yunque donde templan sus aceros los futuros campeones de la palabra, horno donde forjan sus dardos los luchadores de la elocuencia venidera, gimnasio donde endurecen sus músculos los atletas futuros de la tribuna...

Todo esto, y mucho más que no decimos por respeto al lector, es la Academia de elocuencia que con toda regularidad viene funcionando en nuestra Congregación. Alcemos por unos minutos el velo...

Es un miércoles; las siete y media de la tarde, más bien más que menos. Grave concurrencia llena las sillas y sillones de la Dirección — primero los sillones que las sillas —. Un Avemaría para que la Anunciada bendiga nuestros trabajos.

— «¿Quién tiene hoy la sinopsis?» La grave concurrencia descompone el gesto para mirarse unos a otros con verdadera angustia. «¿Será capaz el muy tranquilo de no haber venido?»; porque la sinopsis suele ser un tanto temida, y no es raro que, el señalado para tal fecha, se sienta en aquella fecha malísimo, o se acuerde de que tiene una cosa que hacer y no la puede aplazar.

Al cabo aparece en un rincón con un papel en la mano: muy poco papel parece para un discurso. Y así lo estiman los jueces a quienes se pregunta su opinión después de haber escuchado la lectura. Y es que no caen en la cuenta de que los hombres ya grandecitos no necesitan del bastón más que como adorno y entretenimiento: de ninguna manera como apoyo. Valeiras, pongo por caso, oye pacientemente los juicios y encogiéndose de hombros se sienta para seguir aguantando las bromas que por lo bajo le dedica Jimeno.

Enseguida se declama un trozo en verso. Y tan pronto admiramos la amplitud del gesto de Codesido, como nos deleitamos con la impecable declamación de Cándido Varela o la delicadeza cristalina de Ramón Jesús Mucientes. Pero poco duran las glorias, por que inmediatamente el P. Director pide su opinión a varios de los concurrentes, quienes acreditan tener ojos de lince apreciando defectos. El declamador vuelve a la carga, quiero decir que comienza de nuevo, y el P. Director con sus amables indicaciones le sugiere modos, acciones y tonos de voz. Es el pasaje menos grato, pero el más provechoso.

Tras el verso, la prosa. Durante algún tiempo fué Mella nuestra víctima predilecta: ahora lo es Pemán — que nos perdone —. Riaza, todo gravedad y compostura, nos abruma por unos momentos con su oratoria, sin que logremos que Jimeno se calle. — ¿habrá que ponerle de rodillas? —. Los

jueces dan su opinión y se repite por unos minutos la labor de pulimento, en la que Dios quiera que no tenga que intercalar alguna agudeza la imperturbable seriedad de Asorey.

Pero ha llegado el momento cumbre: ¡la improvisación!, el terror de todos y cada uno de los concurrentes. Hay un silencio, las figuras se repliegan —¡si pudieran desaparecer en la silla...!—, unos miran al techo, otros caen en la cuenta de que se les estaba arrugando el pantalón, otros se extrañan muchísimo de que les haya durado tan poco el último limpión que le dieron a los zapatos...: la cosa es no mirar de ninguna manera al P. Director que se ha inclinado sobre su mesa, ha leído en la hoja de su calendario: «La crisis de la democracia» —era el tema fijado de antemano— y está buscando con los ojos la víctima propiciatoria. Será Camaño, será Benítez, será Raposo...?. O serán Vaamonde, Nogueira...?. Hasta Jimeno está callado.

Suena un nombre y de unas mejillas desaparece por breves momentos el color. Pronto reaparecerá con creces.

El improvisador sale al centro, se parapeta detrás de una silla, se abrocha la americana, se estira los puños, tose; se pone serio de repente, pero luego se sonríe; mete las manos en el bolsillo, vuelve a ponerse serio, saca una mano y... rompe a hablar.

Rompe a hablar, y unas veces son frases sueltas, otras es un período bien hilvanado, otras es un simple esbozar la cuestión para pasar luego a tratarla más despacio. Pero siempre mejor que la vez anterior, siempre progresando, aunque las dificultades se multipliquen y se comprenda más que nunca que no se puede repicar y andar en la procesión, es decir, que no se puede atender a un tiempo a la declamación y a la acción, por lo cual unas veces se oyen primores a un hombre tieso como una estatua y otras contemplamos con qué buen garbo mueve los brazos una persona, que no es capaz de hacernos entender de que nos está hablando. Sin embargo en días sucesivos las improvisaciones se repiten, los oradores se van haciendo —que madera es lo que sobra— y más de uno a quien hoy aplauden los públicos —no es discreto citar nombres— estuvo detrás de esa misma silla, tosió, se estiró los puños... etc. como ahora tosemos y nos estiramos los puños nosotros.

La improvisación ha terminado. Quedan señaladas personas y temas para el miércoles siguiente, y en pie.

De nuevo los corazones se elevan a la Anunciada con un Avemaría.

.....  
Esta es nuestra Academia de oratoria, yunque, horno y gimnasio, todo en una pieza. Para los que estén penetrados de

## Crónica de unos ejercicios

En este mundo traidor existen muchas clases de ejercicios, sobre todo, entre esa juventud alegre y bullanguera, cuya edad oscila entre los 10 y los 35 años y que según unos se dedica a estudiar y según los más, entre los que se cuentan los padres de familia se dedica a pasar el tiempo lo mejor posible llevando en la mano, para disimular, un libro de texto.

Estos ejercicios que acostumbra a hacer la juventud, son: ejercicios de lectura, ejercicios aritméticos, ejercicios de gramática, ejercicios físicos, ejercicios espirituales, etcétera, etc. Pero de los ejercicios que vamos a tratar en esta cróniquilla es de los Ejercicios Espirituales, y más particularmente, de los Ejercicios organizados por la Congregación de la Anunciada y efectuados en Caldas de Reyes los días de Semana Santa.

Vamos, pues, a entrar en materia.

Eran las cuatro de la tarde del día 24 de marzo de 1934 cuando un animoso grupo de veinticinco jóvenes partía de la monumental Plaza de las Platerías con dirección a Caldas de Reyes, en donde nos íbamos a entregar, alejados del mundanal ruido, como diría Fr. Luis de León (1), al estudio interno de nuestra conciencia y a formar muy buenos propósitos respecto al porvenir.

La expedición la formaban: a la cabeza, el P. Cibriain, que fué quien nos dió los Ejercicios; a continuación el P. Director, y después, entre otras figuras más o menos importantes, nuestro querido Director de ABRENTE; Adrán (no el cura, sino el que hizo de idem en «Me casó mi madre»), nuestro bibliotecario D. Vicente Camaño (abogado y todo, aunque mentira y no verdad parezca), un futuro tocador del gong, un caballero de las gafas de oro, un guerrero catalán, y algún que otro, que, como diría Nicandro, sentimos no recordar.

.....  
cuanto importa servir bien las ideas, en un siglo en que la pugna bulle, y es menester llevar nuestros principios a muchos entendimientos descarriados, no es menester encarecer su importancia. Necesitamos hombres capaces de ir a un público cualquiera, hablarle y convencerle. Y esos hombres nos los va a proporcionar, mejor dicho, nos los está proporcionando ya la Academia de Oratoria. De ella esperamos mucho, ella es la única explicación de muchos éxitos que el vulgo necio no sabe explicarse.

Como que casi sentimos haber roto el secreto...

CICERÓN.

(1) Ramón Jesús Mucientes.

Dejamos atrás la vetusta (¿se dice así?) ciudad de Compostela, y al llegar a la Escavitud nos apeamos del automóvil y cantamos, con más o menos afinación (generalmente con menos), pero sí con el más encendido fervor, una Salve a la Virgen milagrosa que se venera en aquel Santuario, y a continuación, entre chistes y cantos (1) que hicieron más corto el camino, llegamos a nuestro destino, o sea al simpático y acogedor pueblecito de Caldas.

Tomamos posesión de nuestras habitaciones en el magnífico Balneario Dávila, circundado por la maravilla esplendorosa de un parque delicioso, graciosamente abrazado por el río Umia, y acto seguido salimos a visitar el pueblo, dirigiéndonos a la Calle Real y a los jardines, bonito paseo del que Caldas puede enorgullecerse.

A las siete tuvimos la primera meditación, que se efectuó en el salón de baile, convertido momentáneamente en Capilla, pues como dijo el P. Director «hay que quitar al mundo sus fortalezas para convertirlas en cuarteles en donde se instruyan los hombres del mañana, para dar la batalla a los enemigos de la religión», (muy bien, aplausos).

Después de la plática, el P. Director nos dió la distribución por la que nos íbamos a regir y nos comunicó que el encargado de llamarnos para su cumplimiento era el señor Pazos (D. Alberto), el cual lo haría haciendo sonar un hermoso gong, puesto a nuestra disposición por el dueño del hotel.

De cómo tocaba Viana la campanilla en Cuntis, no puedo dar ninguna razón, (2) aunque fiándome en lo que dice Mucientes, debió de ser de una manera admirable; pero yo puedo decir y digo, que Pazos, si no le aventajaba, por lo menos tocaba tan bien el gong, como lo podía hacer, con su destreza, nuestro querido compañero Viana.

Todas las mañanas, a las ocho y media, teníamos la Santa Misa, en la que oficiaba el P. Cibriain, y a continuación seguía toda la demás distribución que, a decir verdad, no se nos hizo nada pesada, y es que la exposición y meditación de las verdades eternas no cansa nunca, por mucho que pensemos sobre ellas.

Durante los tiempos libres nos entreteníamos, o bien leyendo libros piadosos, o

bien paseando por el hermoso jardín del hotel, o también en charlas espirituales con el P. Solano que conversaba con aquellos que no podíamos tener la lengua quieta por miedo a olvidarnos de hablar, y otros... (1).

Pasaron los Ejercicios, estos Ejercicios que sirvieron para tonificar nuestras almas y acostumbrarnos a pensar en el más allá, y el último día, después de la Confesión, tuvo lugar el solemne acto de la Bendición Papal con que se terminan todos los Ejercicios Espirituales de los cuales fué fundador el glorioso San Ignacio de Loyola.

Se me olvidaba decirnos que durante nuestra estancia en Caldas, quiso el destino que pasasen las fronteras de la celebridad algunas frases y algunos hechos, entre los cuales podemos destacar aquello de «no hay ambiente» y el tan conocido *pijama*, del que no quiero hablar más, porque veo asomar por encima de esta página, la sonrisa sarcástica y burlesca de alguno de mis benévololectores.

Después de la Bendición Papal, salimos a despedirnos del encantador pueblo de Caldas, y enseguida nos subimos al auto, para estar en Santiago al anochecer y concurrir al día siguiente a la Comunión de hombres que tan brillante resultó el día de Jueves Santo y poner, de esta manera, un hermosísimo broche de oro a estos Santos Ejercicios.

Ni que decir tiene, que el viaje de regreso se hizo de lo más agradable (2), pues junto con el haber descargado la conciencia, nos esperaba Santiago, con nuestras familias y nuestras buenas amistades, con su Catedral y sus caserones, con sus paseos y soportales, con sus plazuelas y rúas, en fin, con todo aquello que creemos que nos pertenece y que hace que a ratos nos olvidemos de que en Caldas «hay ambiente».

Una honda nostalgia acompañó nuestro regreso. Añorábamos las delicias reposadas de Caldas, las atenciones numerosas que los dueños del balneario Dávila —los señores de Legerén— tuvieron con nosotros, las comodidades de hotel, y ante todo y sobre todo nuestro momentáneo alejamiento de las tareas académicas...

#### UNO DE TANTOS.

(1) Cuidado, cuidado que se incomoda el guerrero.

(2) El latigazo de una duda nos hiera al llegar a esta parte. Nosotros escuchamos repetidamente en el viaje de regreso hablar de una carta, pedir «que se lea, que se lea» —a cuya súplica se nos unió el Padre—. Protestaba Fenor de que era una cosa «ajena en absoluto a su conocimiento» Sala Collemir —el rubio guerrero catalán— acogía la petición con una mueca de disgusto, estereotipada en lo turbio de su mefistofélica mirada... ¿Podía el compañero, «Uno de tantos», explicarnos el profundo significado de estos hechos?

(1) Nos creemos en el deber de notificar aquí uno de nuestros halagadores descubrimientos: La prodigiosa actividad de Conde (Isidro) para cantar tangos, entre las encendidas y vibrantes protestas de sus pacíficos oyentes. ¿Verdad, lector que es una cualidad codiciosamente envidiable?

(2) Amigo «Uno de tantos»: De ninguna manera consiento que se aluda a las prodigiosas y variadas actividades de Antonio Fdez. de Viana con un dejo de irónica burla. Fué la nota culminante de los ejercicios de Cuntis, y es preciso conservar intangible el alto pedestal de su fama.

# RÉGIMEN INTERNO

Se insiste en que todos los congregantes acudan con puntualidad a los actos reglamentarios de la Congregación y echen el cartoncito de la asistencia; caso de no tenerlos pasen a recogerlos por Secretaría. Aunque lleguen tarde a estos actos deben pasar a ocupar los bancos que para ellos se tienen reservados y procuren entrar por los pasillos laterales.

El día 13 de mayo se celebrará la Comuni3n mensual acostumbrada y después de ella se irá al Seminario para sacar una fotografía como es costumbre al terminar el curso.

**Primeros viernes.**— Sigue celebrándose esta Comuni3n con nutrida concurrencia.

**Sabatina.**— Lo mismo.

**Academia de oratoria.**— En la sesi3n del 7 de febrero pronunci3 la declamaci3n en verso Juan Luis Gimeno, la en prosa, José Vaamonde y la improvisaci3n, José M.<sup>a</sup> Riaza y Antonio Asorey.

En la sesi3n del 14 hizo la lectura de la sinopsis Fernando Otero Goyanes, la declamaci3n en verso Asorey, en prosa Vicente Caamaño.

El día 21 actu3 en verso Asorey y se encargaron de la improvisaci3n Hip3lito Codeseido y José Raposo.

Día 28: Sinopsis Otero, verso José Raposo e improvisaci3n Vicente Caamaño.

El día 14 de marzo actuaron Mucientes y Benitez en los ejercicios de declamaci3n y sinopsis respectivamente.

En la reuni3n del 11 de marzo correspondióles actuar a Mucientes y a José Vaamonde en la declamaci3n en verso e improvisaci3n.

**Círculo de Apologética.**— El 17 de febrero desarroll3 el tema de «La Profecía», Manuel Seijas.

El caso de moral profesional vers3 sobre un caso de deontología judicial de indiscutible actualidad.

El día 7 de abril, Diego Díaz de Rábago, con el tema «Por Jesucristo se cumplen las profecías».

El día 14, Andrés Díaz de Rábago: «Divinidad de Jesucristo confirmada por los milagros de los Apóstoles».

## ASPIRANTES

**Círculo de Encíclicas.**— Empezaron ya a desarrollar la Encíclica de León XIII «Rerum novarum». Desarroll3 una explicaci3n de los prolegomenos, Darío del Valle.

El Socialalismo, López de Santiago, y La soluci3n dada por la Iglesia al problema social, Angel Porto.

**Círculo de Estudios sociales.**— Por enfermedad del Director D. Jacobo Varela de Limia, se ha entorpecido no poco la marcha normal de este Círculo. Las últimas sesiones corrieron a cargo de Asorey, que habló detenidamente de las doctrinas corporativistas, muy documentado y con claridad. Hubo discusiones muy animadas, llegando algunos a detalles demasiado minuciosos, y más propios de un técnico que de un sociólogo.

**Apologética.**— 2.<sup>a</sup> Secci3n.— No pueden tenerse las reuniones de esta Secci3n con la debida regularidad, porque muchos circuilistas llegan tarde, con frecuencia, por causas eminentemente escolares, aunque del todo ajenas a su voluntad, como fácilmente se comprende.

Los Círculos son muy animados y en ellos se discute agudamente y con calor, como el día que el Presidente, Mundito de la Riva, prob3 la existencia de Dios por la Ley Moral; allí salieron a relucir unos hipotéticos chorizos de contrabando que llevaría Narciso Riaza, uno de los más discutidores, y unas galletas muy ricas, pero hipotéticas también, que subrepticamente cogería Mon3n Guitián; se distinguieron ese día por sus intervenciones Andrés Seoane Chouza, José María Rey, Francisquito Gamallo y otros dos personajes estilo Mon3n: Clemente González Pe3n y Santiaguito Cimadevila.

El día que disert3 Narciso Riaza, Mundito acometi3 con furia, haciendo afirmaciones y negaciones rotundas, moviendo la mano como para aplastar a su adversario, y exigiendo demostraci3n clara de todo.

Estos pequeños, fundamentándose ya en la Apologética, serán dentro de pocos años excelentes elementos en los Círculos de Estudios de los mayores, y sabrán dar raz3n de sus creencias y defenderlas en todas partes.

**Nuevos socios.**— José de Andrés Blanco, Leandro Fernández y Rodríguez Cancio, José M.<sup>a</sup> Turr3 Corominas, José Luis Mellid Vázquez, Natalio Alvarellos Blanco, Antonio Rivas Anido, Julián Blanco Pérez, Francisco Bermúdez Pimentel, José López y García de Villalta, Guillermo Gómez y González, Luis Insua Vaamonde, Luis de Eguiburu y Banciella.

**Aspirantes.**— Germán López González y Antonio Quintans Pardo.

## PAGINA DE HUMOR

Nos encargamos gustosos de hacer esta página, dada la amabilidad del Director de esta publicación, lo cual hace que tengamos que entrar en el Salón, no ya como simples congregantes o asociados, sinó también con un cierto carácter detectivesco.

Lo primero que nos llama la atención — ¡y de qué manera! — son varios jóvenes que gritan 3 H, 5 G, 9 J, o cosa parecida, separados por un tablero de damas, puesto con el objeto de ocultarse mutuamente, y jugando a lo que ellos dieron en el chiste de llamar un «Combate Naval».

Entre los jugadores que más espectadores tienen figuran un futuro Abogado, pequeño de estatura, ya que no de inteligencia, bastante gordo, cara simpática, y su pareja un *mediquillo* medianamente alto y también entrado en carnes. Se hallan en lo culminante de la partida.

Una vez terminada dice el primero:

—Me ganaste, pero fué porque no has apuntado bien.

—Calla, hombre, calla, que tú no eres rival —le contesta el otro.

Algo enfadado responde el primero:

—Te juego otra, y esto es contestado por el futuro Médico, primero por medio de un gesto desdenoso y después por un algo así como «No sé si darte categoría».

El caso es que van otra partida —revancha de la anterior— y nos vemos obligados muy apesar nuestro a tener que abandonar a estos jugadores en una partida tan emocionante como prometía ser, dado el interés que en ella ponían los combatientes.

Hay también —como todos los días— los comentadores de fut-bol. Los «chachistas» están entusiasmados porque su héroe va a jugar en la Selección Nacional y rebajan tanto a Vega que llegan a cansar a un celtista, de gafas, traje gris —se nota que está buen día—, moreno, que enfadado pronuncia una serie de frases tan retóricas y pintorescas como las que siguen, fielmente transcritas:

«Chacho va por lesión de Iraragorri —que nombre tiene el chico— pero Vega ha de ir por sus propios méritos, pues España tarde o temprano tiene que darse cuenta que el mejor medio centro que hoy tenemos dentro de la frontera es mi defendido».

Se nota que el muchacho que ha pronunciado estas frases es alumno de derecho, no sólo por su composición, sino también por su terminación.

¡Qué lástima que no oyese esta frase dicha con tanto entusiasmo el Seleccionador Nacional, pues de seguro se impresionaría y casi casi lloraría.

Son las cinco. De regreso en el salón ya

se han terminado las radios y los «combates» y hay un profundo silencio, roto únicamente por los ya escasos comentadores futbolísticos, cuando de repente estalla una viva conversación que es de una gran importancia, y quedamos a oírla.

Se trata nada menos, de saber si es mejor la Medicina o el Derecho. Entran en esta conversación, mejor dicho discusión, cuatro con el tiempo médicos, que debían al principio tener razón si juzgamos por lo que gritaban. Entre ellos el que llevaba la voz cantante era un joven alto, rubio, de gafas y de luto. Buen tipo y buena voz. Por la otra parte entra un «cuasi abogado» que es contra el que se dirigen todos los tiros.

Después del primero y natural expansionamiento hay una aparente calma aprovechada por el Abogadillo para hacer uso de su facilidad de palabra y que si hemos de decir la verdad, nos convenció. Parecía por el modo de decir y de llevar a la persuasión uno de los siete «Sabios de Grecia».

A pesar de ello los defensores —si así nos lo permiten que le llamemos los de derecho— de la medicina no le han querido reconocer las conclusiones a las que le había costado tanto trabajo conducirlos.

Se arma, sin embargo, de paciencia y repite sus argumentos, si cabe, con mayor clarividencia y facilidad de palabra que la que había usado la vez anterior. Los lleva a parar a las mismas conclusiones.

No se quieren sin embargo, convencer y al no darle la razón, exclama un poco enfurecido el futuro Abogado:

—¡Dejarme en paz, que estoy afónico!

LOS OGAR

## NUESTRA GRATITUD

En nombre de la Junta Directiva, y de toda la Congregación, queremos que conste en nuestras columnas el cordial agradecimiento que guardamos a todo el pueblo santiagués, por el calor de simpatía con que acoge todas nuestras iniciativas.

Las fiestas de las Bodas de Oro, la Comunión de hombres, la espléndida procesión de la Soledad, no hubieran sido posibles sin el apoyo moral y económico y la cooperación personal del noble y cristiano pueblo de Santiago, que tantas muestras de amor ha dado siempre a la Congregación, y con tanta generosidad y presteza atiende a nuestros llamamientos.

La Virgen Santísima premiará este apoyo, y, por nuestra parte, deseamos hacer cuanto esté en nuestra mano, por el bien espiritual y material dentro siempre del área que nos es propia, de Santiago de Compostela.

# ABRENTE

**Organo de la Anunciada :-: De publicación mensual**

SUSCRIPCION: Un año, 2 pesetas; número suelto, 0,25

---

## TARIFA DE PUBLICIDAD

Página exterior completa . . . . .	25 ptas.
Página interior completa . . . . .	15 »
Media página interior. . . . .	8 »
Un cuarto página interior. . . . .	5 »
Un octavo página interior. . . . .	3 »

Los anuncios entre el texto se ajustarán a una tarifa diferente.

---

**¡Suscríbase a ABRENTE!** Contribuirá al sostenimiento de una buena obra y recibirá una publicación amena y bien orientada.

**¡Anúnciese en ABRENTE!** Su difusión extensa y su profusa tirada beneficiarán su negocio y aumentarán sus ventas.

Llene el adjunto Boletín de Suscripción y remítalo, acompañado de su importe, a la Administración de **ABRENTE**, Quintana, 1-2.º Santiago.

D. .... residente en .....  
calle ..... núm. ...., envío por (1) .....  
..... la cantidad de pesetas ..... importe de mi suscrip-  
ción anual a **ABRENTE**.

FIRMA,

(1) Dígase la forma de envío.